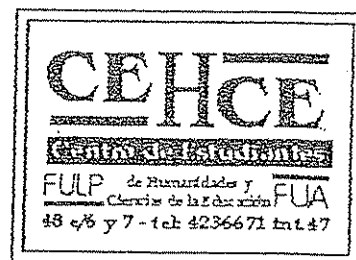


El debate que propone la vincularidad

Isidoro Berenstein



Acerca de lo 'actual'

El psicoanálisis, al día de hoy, aparece como una teoría y una práctica, un cuerpo de conocimientos, compartido por casi todos los psicoanalistas, los de estas y los de otras latitudes geográficas y teóricas y también por aquellos psicoterapeutas que lo tienen como su esquema referencial. Nuestra teoría cumplió sus primeros cien años, poco más de un siglo con muchos cambios rápidos y profundos, avances tecnológicos antes inimaginables, sofisticación y utilización de los mecanismos de poder, las dos grandes guerras y muchas guerras consideradas menores pero no menos destructivas, borramiento de los límites estatales, globalización económica, política y de la información. El psicoanálisis se ha ampliado y atravesado otros campos científicos y culturales. Durante el siglo XX tuvo una enorme potencia modificadora e instituyente en el medio que debía darle lugar y pasó luego a tener un lugar instituido pero después de haber pasado por modificaciones se hizo más estable (Moreno, 1997) y su potencia inicial se amortiguó, segura mente por motivos varios. Entre los que nos decimos psicoanalistas suponemos tener una unidad en base a aquello que nos da reconocimiento y pertenencia por compartir sus premisas: la teoría de lo inconsciente, la del complejo de Edipo, la de las identificaciones, la del mundo interno y las relaciones objetales, la de la transferencia y otras pocas más. En esa unidad caben, distintos puntos de vista, diferentes maneras de concebir el psicoanálisis. Un malestar derivado de lo que se considera una crisis de nuestra práctica atraviesa las conversaciones entre los psicoanalistas: la subjetividad actual y su específica temporalidad que no se compadece con los tiempos del proceso psicoanalítico, la pauperización de la clase media que llevó a que se hayan reducido los usuarios de este tipo de tratamiento, las instituciones prestadoras de servicios médicos que obligan a modificar sustancialmente el encuadre que fuera habitual, etc. Sin desestimar los elementos anteriores considerados como exteriores al psicoanálisis, uno de sus aspectos críticos, inconsciente, interior a la teoría y por lo tanto a su práctica y a su técnica, reprimido para los propios psicoanalistas, es el matiz solipsista con que se fueron impregnando sus formulaciones. En ellas, aunque se dio un paso adelante con la teoría de las relaciones objetales, persistió fuertemente en la medida en que el otro sujeto fue pensado desde el *solus ipse*, desde el propio yo.

Vincularidad

Llamaremos de esta manera a lo producido por los haceres de dos o más sujetos que habiendo decidido unirse por motivos principalmente inconscientes se encuentran para su sorpresa, con que ese otro sigue ofreciendo un aspecto, un sector, una faceta permanentemente no conocida, por lo tanto sorprendente, dadora de incertidumbre y fuente de ansiedad. Aunque se espera ilusoriamente que sea, quizás debiera ser y hasta podemos afirmar que es más conocida a medida que transcurre el tiempo y relación, no obstante permanece no conocida. Puede llevar a la regresión o al crecimiento y a la complejidad subjetiva. Como el saber acerca otro no es suficiente, como la experiencia adquirida ayuda pero no alcanza, pues de algo de la relación con el otro no se hace experiencia, los sujetos se encuentran con que deben realizar un hacer con esa heterogeneidad, radical diría y que algo dis-

OTOCOPIADORA

24 CEHCE

PSICOTERAPIA 2

SIF

45 D/F 5

1

24

35

tinto de trabajar las consabidas diferencias, la sexual y la generacional. Agamben (1999, Pág. 95) cita una frase de Primo Levi:

"Nadie ha muerto en lugar mío. Nadie"; "Nunca se está en el lugar de otro"

Si no se está en el lugar del otro la tarea es hacer con el otro. La elaboración (*working through*) cumple su cometido pero no es suficiente. La identificación permitiría sentirse parte del conjunto, pero deberá pasar por el trabajo de pertenencia, junto con los otros. La proyección tropieza con lo que del otro la excede. Todo ello obliga a ese *hacer* mencionado en base a operaciones conjuntas, no podría ser de uno solo, en cuyo caso siendo útil y posible desde el trabajo individual no lo son desde el producido vincular. Esta actividad conjunta, vincular, entre estos otros, tienen como meta imposible pero no por eso no intentable, lograr darle cabida a lo novedoso que propone esa heterogeneidad, de resultados de lo cual, de ese trabajo, no solo del logro, habrá una modificación subjetiva. Como ésta va ligada a una cierta desubjetivación se entiende que no sea aceptada de buen grado. Para adentrarnos en estas formulaciones trataré de algunos conceptos que hacen al debate propuesto en el título de esta presentación.

Ajenidad

Es lo específico y singular del otro y de lo otro que remite a una heterogeneidad radical, aquello que no puede ser inscripto o representado ya que cuando lo es deja de ser ajeno" pasa a ser de alguna manera homogéneo al propio sujeto, para revelarse de inmediato que lo ajeno sigue siéndolo o mejor dicho sigue produciendo heterogeneidad. En Español ajeno deriva del latín *alienus* que a su vez deriva de *alius*: 'otro' Los psicoanalistas caracterizan como ajeno a lo inconsciente del sujeto, una metáfora que viene a querer decir que aquellas formaciones como los lapsus, los sueños y los síntomas que se producen en nuestro psiquismo con carácter de imprevistos, que aparecen sin quererlo ni saberlo, esto es sin pasar por la conciencia, puede ser pensado como correspondiente a 'otro' que habite dentro del sujeto. Es la vivencia ante lo extraño de las producciones que no pasan por la conciencia y evidencia de la escisión del yo. Eso otro, lo inconsciente, otorga sentido y significación a nuestros actos, atraviesa nuestro saber oficial. Ajenidad, considerada rigurosamente, es una cualidad o propiedad del otro sujeto respecto de mí y de mí respecto de él, que está más allá de la semejanza y de la diferencia. Lo ajeno es inherente a la presencia del otro en tanto no se deja transformar en ausencia ni se permite simbolizar. Mejor sería decir que es esa propiedad por la cual queda a resguardo de ser cubierto por el sujeto mediante la identificación, la proyección u otras modalidades de investidura o defensivas. No obstante requiero del otro para advenir sujeto. Green (1988) lo señala en sus términos:

"...ningún yo puede bastarse a si mismo y ningún yo puede colmar al otro, ningún otro puede sustituirse al yo y ningún otro puede colmar al yo".

Lo ajeno debiéramos buscarlo en el vínculo sujeto-otro y se regula por el juicio de presencia (Berenstein, 2001) que decide si el otro puede pasar a estar ausente, desaparecer como exterioridad o teniendo una presencia incontestable requiere de parte del sujeto hacer una serie de operaciones requeridas para modificarse por el poder y la imposición inherente al otro. Con éste se está en una relación de poder, recibiendo y ofreciendo imposición, estímulo y motivo de trabajo subjetivo.

Es posible que lo ajeno no sea pasible de expresarse en palabras y sin embargo se requiera de su traducción. Su imposibilidad de caber en las palabras lleva a que sean traducidas al

lenguaje de la diferencia y la semejanza. No habría saber sobre la ajenidad, su posibilidad es que sea pensada.

La ajenidad tanto introduce como resulta de lo heterogéneo. Lo hetero representa lo extranjero, aquello que los griegos llamaban 'bárbaro' propiamente 'no griego' o sea 'no civilizado' en el sentido de no tener las mismas costumbres (Castro, E, 2005). La evolución semántica, compleja, llevó a lo que hoy se significa como extranjero, que sigue designando lo inculto, lo amenazante, lo extraño, claro que desde un pensamiento de la semejanza y que nomina lo que no es homogéneo y racional.

El posicionamiento de un adentro y un afuera atraviesa la relación con el otro y su característica ajenidad al declararlo bajo la forma de lo que queda fuera. En realidad no habría un afuera previo sino que lo ajeno lo configura. Esto permite considerar dos actuales posiciones psicoanalíticas teóricas y prácticas: i) lo que postula que considerado un estado inicial de desamparo y dependencia casi absoluta de la madre o considerada la fusión como punto de partida, la diferencia adentro-afuera es un logro de la discriminación como función de un yo. Lo caracteriza como dimensiones primarias al establecer el privilegio de la interioridad (las representaciones, los objetos internos, las emociones básicas, las pulsiones) diferenciada de la exterioridad (las percepciones del mundo externo, ese espacio donde moran los otros sujetos, sea de la familia o del medio social) que son significadas desde lo que se instituye como la centralidad del yo.; ii) otra posición es la que caracteriza el vínculo entre los sujetos como la que determina aquello que se ha de considerar adentro y afuera, interior y exterior y las características cambiantes de estas dimensiones, siendo una formación y una producción vincular. Se trata de un producido en y por la relación, propio de ella y no pensable por fuera de la misma. Aquí lo ajeno hace a la fluidez de la relación y de sus bordes, de ahí su inasibilidad, distinta de la solidez de la noción establecida de un adentro del yo y un afuera donde habitan los otros.

En el sujeto humano, el más humano de los hechos, dar vida a otro, darle nacimiento, ese acto por el cual el otro estando dentro del cuerpo materno, de tener una presencia no presente y una ajenidad superpuesta a la de madre pasa a tener una presencia presencial y ajenidad irreductible. Instalado inmediatamente en algún tipo de lazo familiar y social, éstos suponen el deber de homogeneizarlo, transformarlo en semejante, asimilarlo, convertirlo en familiar, es decir dejar de ser ajeno para que este atributo pase a ser una característica de los otros no familiares. Su imposibilidad lleva a la desesperación de padres e hijos que en el mejor de los casos harán de la heterogeneidad un recurso para aceptar a los de otras familias u otras comunidades. La ajenidad es una condición que se muestra irreducible a la identificación. Dar nacimiento es precisamente hacer lugar a otro ajeno. Esta posición inaugura otra ética que la basada en la centralidad del yo, de un lugar para el otro.

Ausencia y presencia

Desde el trabajo canónico de Freud (1917 [1915]) "*Duelo y melancolía*" se dio lugar preciso a la pérdida de objeto y se constituyó en una las bases del psicoanálisis. A ello seguía la identificación con el objeto perdido y la modificación del yo. Le siguieron la reformulación de pulsiones, vida y muerte, del siguiente aparato psíquico con el lugar del superyo (tras la pérdida de los padres infantiles agregado a la identificación con el superyo de los padres) y el papel fundante de la proyección e introyección junto a la identificación. El otro, a consecuencia de la pérdida de su presencia, es decir de su pasaje a ausencia, se convertirá en un objeto o en una formación modificada del yo.

Presencia deriva del latín *presentia*: asistencia personal, estado de la persona que se halla delante de otra u otras en el mismo paraje que ellas. También se refiere a talle o figura y disposición del cuerpo. O sea que es otra persona aquel que se halla delante mío en el mismo paraje con su talle y sustancialmente con su cuerpo. Se opone a la ausencia y a la representación mediante la cual el yo evoca al otro ausente. Su deseo convoca a un otro presente, pero para que represente a un ausente reconstruido. De hecho el amor o el odio infantil hacia el otro es, en tanto representa al objeto, construcción interna del ausente, que supone haber sido una presencia en el pasado infantil. Una licencia encubridora del lenguaje nos hace decir "lo tengo presente" cuando nuestra mente está muy tomada por imágenes del objeto ausente. Recuerdo cuando en el colegio pasaban lista, quien estaba con su cuerpo decía "presente" y "ausente" era quien no estaba, aquel cuyo cuerpo faltaba.

La presencia sería lo mas específico del sujeto pues aunque acepta la representación del otro ella no puede investirla en totalidad y es lo que queda fuera de ella lo podríamos considerar específica y precisamente como presencia. Ello obliga al psiquismo a otro trabajo donde el pensar deberá acompañarse de un hacer, de una modificación.

En todo vínculo la presencia está sostenida por el cuerpo, por su opacidad incontestable.

Presencia se diferencia de exterioridad en que desde el yo ha de discernir que además de representado está fuera del yo (juicio de existencia). Se observará que presencia no figura en la interioridad, ya que no se deja convertir en ausente y persiste aún después de inscribirse como objeto. La no tolerancia a esa presencia y a sus efectos y su anulación radical, la desmentida, caracteriza la psicosis. La relación con lo ajeno del otro inaugura un nuevo funcionamiento al no dejarse incorporar como perteneciente al yo y no dejarse coincidir con lo malo y rechazado, asociado a lo ajeno del yo según el principio de placer-displacer (juicio de atribución). La presencia se opone al juicio de atribución y puede ser fuente de subjetivación o de dolor.

La diferencia entre presencia y ausencia podemos ejemplificarla volviendo a considerar el tan conocido juego del carretel (Freud, 1920). Como se recordará, el nieto de Freud, un niño de un año medio, ante el alejamiento y ausencia de su madre por varias horas, reaccionaba tirando sus juguetes y objetos hasta hacerlos desaparecer bajo la cama o los muebles de su habitación. Mientras, decía "o- o - o- o" que Freud entendió como fort' = afuera. Luego desarrolló un juego con un carretel atado a un hilo, objeto que tiraba mas allá de la cuna con lo cual dejaba de verlo. Luego tirando de la cuerda lo hacia aparecer y decía 'da'. El juego completo era de desaparición y reaparición. ¿Qué hacía el niño cuando echaba el carretel bajo la cuna y retenía el hilo con su dedo jugando a hacer desaparecer a la madre ('fort') y a hacerla volver ('da')? Como se sabe Freud usó este ejemplo para enunciar la compulsión de repetición ya que el niño mediante el juego vuelve una y otra vez a alejar simbólicamente a la madre, lo cual no podría ligarse con el placer que si es evidente en el reencuentro con ella, con lo cual afirma un más allá del principio de placer. Desde nuestra perspectiva diríamos que el niño, cuando trae al carretel mediante el hilo y el movimiento de su mano afirma que no hay oposición a su deseo, que no hay ajenidad posible ante la ausencia de la madre que se fue. Esa es la marca del objeto materno (no esa opacidad que se llamará "madre" sino ese sustituto que es el carretel) al servicio del yo, aun incipiente. Desde el comienzo mismo de su vida adquiere la noción de que aquello que no logra ser empujado para no ser visto ni ser traído tirando del hilo de su deseo, sino que aparece inopinadamente, independiente de su deseo, ha de ser una presencia. El deseo solo acercará al objeto que la sustituye, por lo tanto ha de requerir ser reconstruido dentro de sí y por sí, y la

representación podrá sustituir la presencia del otro pero nunca reemplazarla. No conduce a la presencia del otro, el pecho y la madre sino a la alucinación. La presencia es una actividad brindada por el otro, es una especificidad, no coincide con el deseo, a pesar de la buena voluntad e intuición del otro, en este caso de la madre. Inevitablemente se asocia con incertidumbre acerca de cuando se hará presente siempre marcada por lo inopinado de la sorpresa y la novedad.

Habría que hacer notar dos tipos de presencia. Una es la que se espera en relación con la ausencia bajo el supuesto de reemplazarla e intentar hacerlas coincidir. Sería una reactualización. La incertidumbre y la inevitable espera al reencuentro se invisten de ambivalencia. Se encuentran con el deseo amoroso de volver a tener al otro bajo la forma de lo anterior y esperado. La hostilidad surge porque el otro demora en venir o porque cuando lo hace se presenta un poco distinto, lo cual puede ser registrado como falta de amor o no reconocimiento, que es en realidad lo que ocurre con el yo ante esa presencia.

Otra modalidad es *la presencia propiamente dicha*, inédita, para la que no hay inscripción previa. Despierta perplejidad, que puede orientarse hacia curiosidad por conocer o hacia desconfianza por no coincidir con lo conocido bajo la ubicua posibilidad de superponerlo con o investirlo como un objeto persecutorio. Pero éste depende de las experiencias previas que tuvieron en el pasado temprano o infantil del sujeto y nunca lo que aporta como novedad. El destino de la presencia propiamente dicha depende fuertemente de lo que la relación actual pueda producir, puestos en situación con el o los otros cuando desarrollan mecanismos de producción desde aquello que los dos hagan como una actividad diferente de lo que haga cada sujeto individualmente.

La presencia del otro brinda la **presentación** y, como dije, el sujeto encuentra ante sí dos caminos: i) la envuelve en base a sus representaciones y deviene a su vez representación, con lo cual el sujeto lo transforma en parte de sí, lo que permite que sea simbolizada. Este proceso lo va formando ausente y ello colabora en formar parte de una trama fantasmática realizada, construida y edificada por el yo; ii) la presentación de la presencia del otro es sin antecedente y el sujeto deberá iniciar una serie de acciones porque no es posible representarla. Deberá hacer "algo" con eso al no encontrar en sí un modo conocido de operar, por no coincidir con la representación y toda suposición de reencuentro tiene una dosis de fracaso, se muestra ilusoria ya que excede el campo de la presencia.

Poder

Dado el malestar derivado de la incidencia fuerte de lo político sobre el sujeto, el psicoanálisis deberá ocuparse de las relaciones de poder y debiera intervenir en su debate actual en relación a la filosofía, la historia o la sociología. Debíamos reconocer en primer lugar que el psicoanálisis no se ha ocupado del poder, salvo las aplicaciones de los conceptos obtenidos de la clínica y del aparato psíquico (esto es de lo individual) a las producciones de los conjuntos, la masa, las comunidades. Uno de esos conjuntos es el estado, cuyas políticas modelan la subjetividad de aquellos que lo habitan. Quizá debíamos recordar aquella carta que Freud responde a Einstein, cuando tratan de la guerra, en septiembre de 1932, sugiere "sustituir la palabra "poder" por "violencia" ("Gewalt") (Nota 1). "Derecho y violencia son hoy opuestos para nosotros" escribe Freud (Ibidem, pág. 188). La violencia se relaciona con la fuerza muscular, ésta se vio aumentada y sustituida por las armas. De ahí la sustitución de la superioridad muscular por la superioridad mental a los efectos de matar al enemigo, lo cual además satisface una inclinación pulsional. Luego, mas adelante, Freud

derecho de lo que ocurre es que no puede dejar de imponer por su pertenencia al vínculo. Se ve y se dice menos del poder del bebé: lo que hace respecto del pecho cuando le impone con su abrir o cerrar la boca, aceptar el pecho como la vez anterior o rechazarlo, cuando lleva a cabo la imposición de su acción sobre la acción de otro al hacer caca o no, etc. Ambos poderes no son jerárquicos ni están supeditados uno al otro pero hacen a su subjetividad.

En la relación del analista y el paciente, en cuanto al accionar en las sesiones, también se generan respuestas corporales y en el mejor de los casos se genera una subjetividad, y una relación de poder, a veces más notoria en el polo del analista y otras veces más en el del paciente, pero siempre en vínculo entre ambos.

El sujeto le otorga al poder la característica de exterior y su origen en el vínculo es inconsciente. Verdaderamente se trata de relaciones de poder, siempre de una intersubjetividad sostenida desde todos los lugares del vínculo. Cuando estar ubicado en el lugar de accionar sobre los otros e imponer deviene en una investidura del yo que aspira a perpetuarse en ese lugar, poder pasa de verbo a ser sustantivo. Se asocia a exaltación y engrandecimiento, deviene exceso y cambia de cualidad, procura la eliminación del otro.

El poder tiene una característica elusiva, omnipresente y así mismo invisible en su estructura, no en sus efectos, especialmente cuando resulta de un exceso, llevado a cabo siempre por un sujeto o varios en relación a otros, para cumplir distintas modalidades de supresión.

Un fenómeno notorio del poder es que por lo general el sujeto no se reconoce estar ejerciéndolo, situación en que ha disociado un desarrollo de su personalidad y un posicionamiento en relación a los otros quienes a su vez lo sostienen. Se ayuda con una formación del pensamiento constituida por 'convicciones' (Berenstein, 1986), muchas veces basadas en el supuesto bien de los demás. Las convicciones se constituyen como defensa frente a los sentimientos de persecución o culpa vinculados al despojo del otro. En el espacio social se observa que 'los demás' a los que se alude anteriormente son los que aceptan ese lugar, los semejantes, en tanto los que se oponen son considerados ajenos, luego enemigos y si las relaciones de poder dejan de serlo y da lugar a la destructividad, los que están en el poder toman acciones para desecharlos, eliminarlos, destruirlos, después de poner en suspenso la ley vigente y dictar el estado de excepción (Agamben, G., 1999b), que suspende las prohibiciones de robar o matar. En la medida que es sincrónico con no aceptar la subjetividad de los otros e intentar reducirla y hasta suprimirla por lo que llaman 'causas superiores' podemos representar de esta manera al mal: aquello que suprime lo ajeno del otro para convertirlo en idéntico o semejante al yo.

El máximo poder es el de dar vida y también el de dar muerte a otro ser humano. Nada parece igualar la exaltación de la pareja y de la mujer que sabe que va a dar origen, tener en su cuerpo durante el embarazo y dar lugar al nacimiento de un ser vivo, que respira, se alimenta por su cuenta después de haberlo hecho en su interior. El personaje Creonte ofrece un modelo para pensar en las relaciones de poder en su modalidad tiránica y sobre imponiéndose al mundo familiar (Nota 2).

El poder ha sido mayormente considerado por los psicoanalistas como expresión del mundo pulsional, vinculado a la pulsión de muerte y a las distintas modalidades de la agresión. Con todo su poder explicativo no hay mayormente una reflexión sobre las relaciones de poder, salvo algunas excepciones (ver Rozitchner, L., 1982). Si lo ha sido para filósofos (Foucault, M., 1976), sociólogos, economistas, historiadores y otros pensadores. Creo que

nuestro obstáculo está referido al punto de vista solipsista que necesariamente se instala al considerar el poder como teniendo un origen pulsional, como una representación derivada de lo sexual en la primera teoría pulsional, por ejemplo en el sadismo o relacionado con la pulsión de dominio, o con la pulsión de muerte en la segunda teoría pulsional. Lo pulsional es una condición del sujeto para ocupar un lugar de imposición pero su determinación es desde las relaciones de poder. Si éstas son pensadas desde lo individual no es captada la base inconsciente en que se apoya y desde la que surge, la estructura de vínculo. La consecuencia es pensarla como un trastorno mental del actor o una consecuencia alejada de una situación infantil (como algunos autores han dicho de Hitler u otros) y no como una producción de unas relaciones políticas, económicas, entre unos y otros, las cuales son productoras de una subjetividad que ofrece las posibilidades de emergencia de un tirano. Conviendría diferenciar la excitación que produce dominar a alguien dominado en una relación de poder del placer que se deriva del aplacamiento de la pulsión sexual (Nota 3).

En el poder en su máxima y destructiva expresión, aunque el otro debe conservar su lugar en la relación ha de perder su cualidad de sujeto en aquello que lo caracteriza como otro. Esa pérdida nunca deberá ser del todo porque en ese caso pierde la naturaleza vincular, pero en poco tiempo el otro es destituido y desaparece de la relación y por lo tanto ésta misma deja de existir. Debiera diferenciarse de la concepción del sadismo en su relación con el masoquismo pues entre ambos generan un vínculo intersubjetivo donde el otro no solo juega un papel sino que es condición sine qua non para su sostén.

Concluyo aquí estas puntuaciones que en realidad son para un debate que nos espera a los psicoanalistas.

20 de abril de 2005.

E-mail: iberens@intramed.net.ar, iberens@fibertel.com.ar

Notas

1. Einstein escribe: "Este es un hecho que debemos tener en cuenta: el derecho y el poder van inevitablemente de la mano, y las decisiones jurídicas se aproximan más a la justicia ideal que demanda la comunidad (en cuyo nombre e interés se pronuncian dichos veredictos) en tanto y en cuanto esta tenga un poder efectivo para exigir respecto su ideal jurídico" (Freud, S., 1933 (1932) Página 184)
2. En base a una lectura de Edipo Rey, Freud remarcó el acceso de Edipo al incesto desconocido-conocido con Yocasta y al conocimiento de la muerte de Layo, su padre y estos elementos dieron el modelo para el desarrollo en psicoanálisis de la sexualidad infantil y principalmente de la pulsión sexual en la constitución del psiquismo. Otro debate puede pasar por la estructura con ese personaje que fue Creonte, el hermano de Yocasta, el tío primero y cuñado de Edipo después. Quien siga el recorrido de estas relaciones en las tres tragedias de Sófocles, *Edipo Rey*, *Edipo en Colono* y *Antígona* verá que las relaciones de poder en Creonte va pasando al poder violento, va deviniendo autoritario y luego tiránico, hasta hacerse exterminador.
3. Meltzer (1999) señala que "satisfacción del deseo" aparece un tanto indefinido por que este último término está desprovisto de la violencia que el autor en cambio parece adjudicar a "magia". Además de lo que contiene 'deseo' le agrega la indicación de la acción a distancia, desinterés por los medios y un matiz a de maldad. A mi criterio se trata de diferenciar dos emociones que usualmente se incluyen en el término "deseo".